

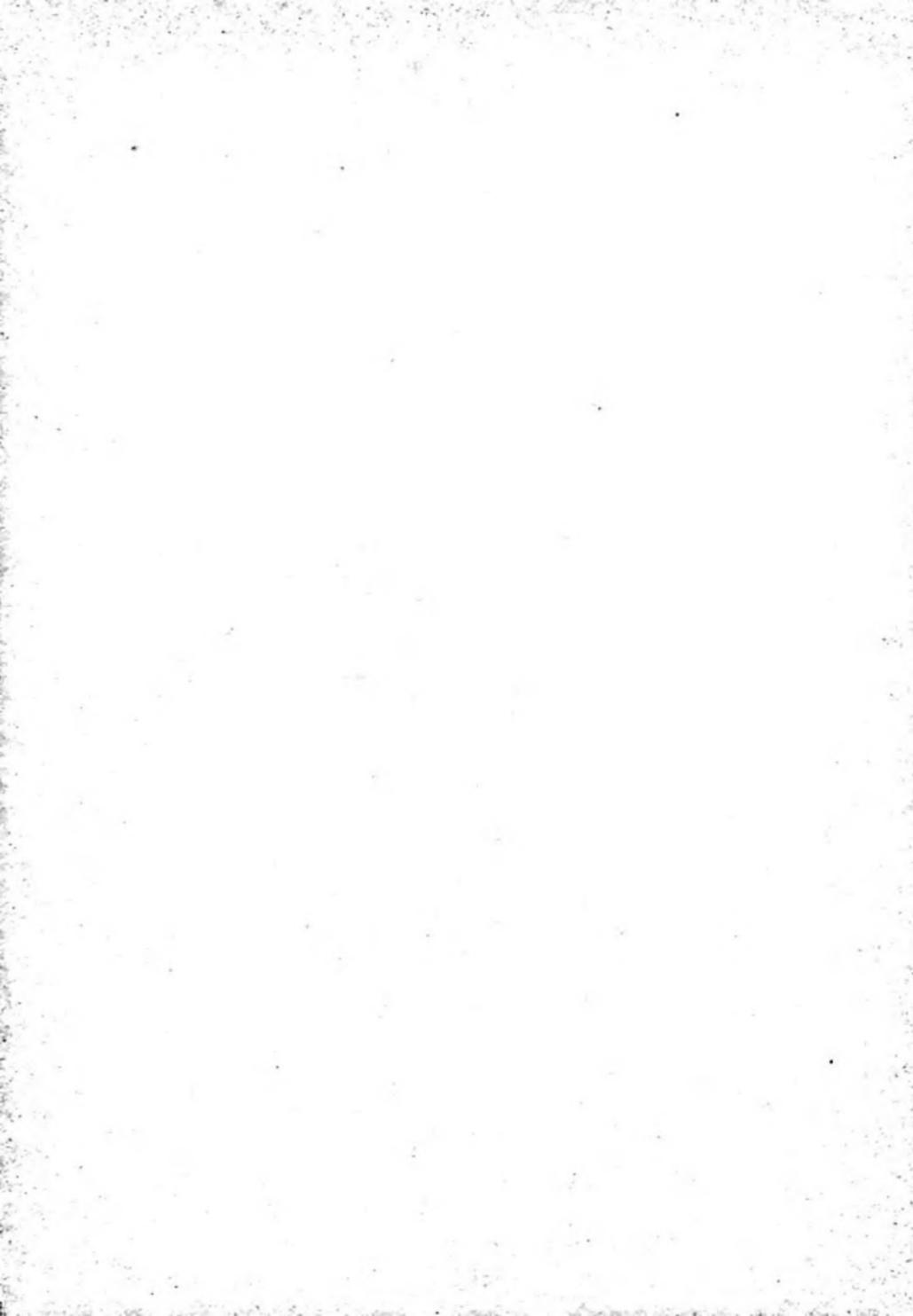
RAFAEL CALDERA

REVOLUCION

Y

JUVENTUD

CARACAS / VENEZUELA



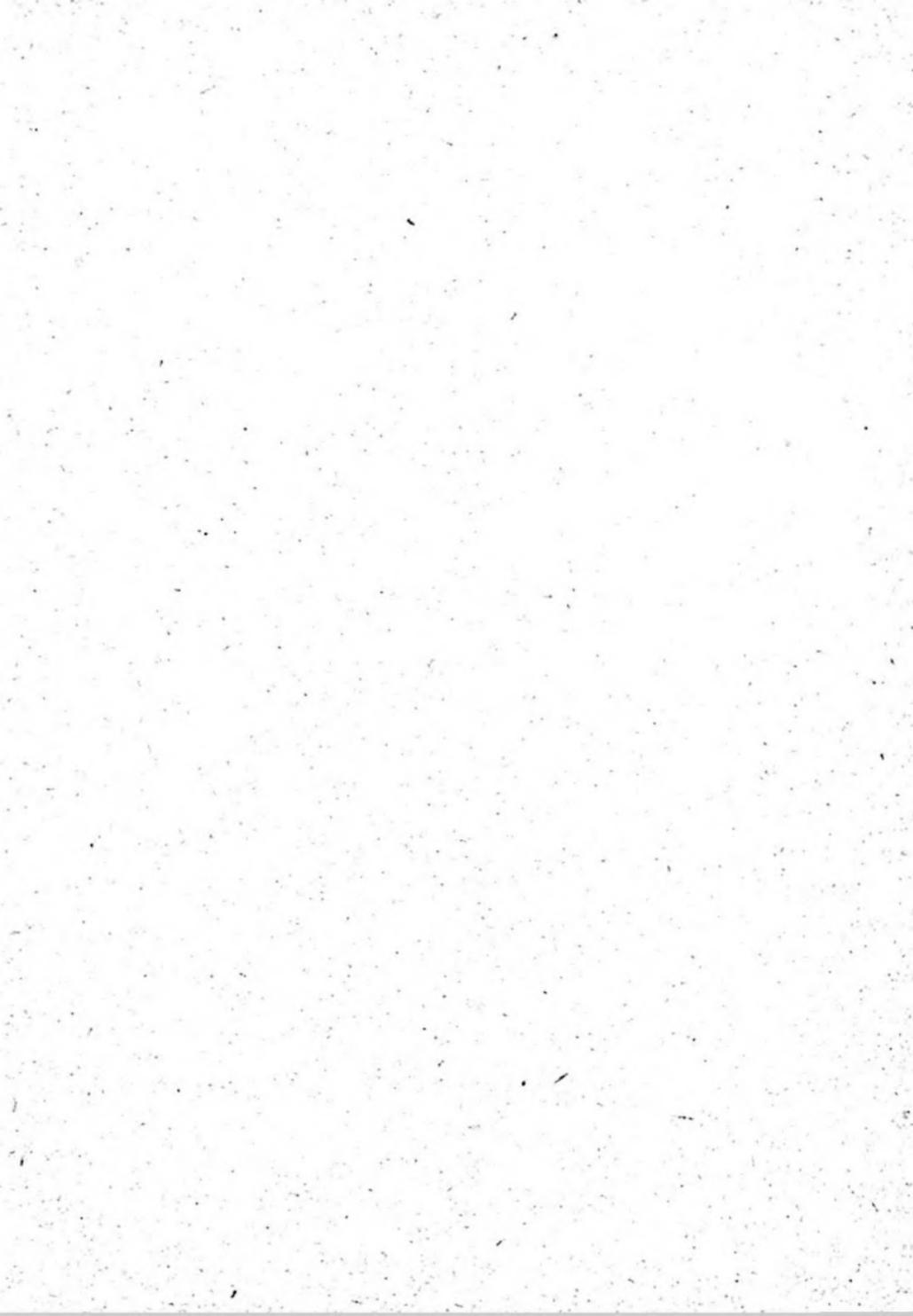
RAFAEL CALDERA

REVOLUCION
Y
JUVENTUD

CARACAS/VENEZUELA



*Discurso de clausura del II Congreso
Mundial de las Juventudes Demócratas
Cristianas. Berlín, el día 17 de junio de
1965.*



Para quienes hemos sido jóvenes y nos resistimos a dejar de serlo; para quienes vinimos al fragor de la lucha política movidos por un impulso juvenil de rebeldía, de inconformidad; para quienes no entendemos la política como el arte de acomodarse con las conveniencias sino como el deber de reconstruir el orden social para hacerlo mejor y más justo, el contacto con los jóvenes es una necesidad constante. Es como injertar al organismo comunitario dentro del cual actuamos las células de una renovación incesante; es como recordarnos la vigencia de los ideales por los cuales salimos a combatir el primer día; es, más que todo eso, renovar la fe en el futuro, la presencia del futuro, la vigencia admonitoria del futuro que nos obliga a trabajar siempre por edificar una sociedad nueva y no por ponerle puntales y alzaprimas a una estructura que se desmorona.

Esto tiene máxima imperatividad en el continente latinoamericano. El pasado, para nosotros, aparte las hazañas de la conquista y la epopeya de la emancipación, poco tiene que no esté marcado con tintes de frustración. Lo poco que se hizo después palidece ante lo que no se supo, no

se quiso o no se pudo hacer. Logramos gloriosamente, al precio de grandes sacrificios, la independencia política, pero no pudimos siquiera asegurar en forma plena y estable la libertad interna; mucho menos pudimos lograr la independencia económica, el desarrollo y la justicia social. La distancia que nos separaba, como países "atrasados", de los países "adelantados", era menor que la que hoy nos aleja, como países "sub-desarrollados", de los países "desarrollados". De allí que entre los latinoamericanos, aunque la palabra revolución ha sido abusada una y otra vez como sinónimo de golpe de cuartel, de guerra civil destructora o de verbalismo infecundo, todavía se hable y se piense en la urgencia de una revolución. Necesitamos una revolución profunda. Una revolución que debe ser pacífica, constructiva y cristiana, o correrá el peligro de recaer —bajo nueva etiqueta— en la violencia, el poder personal, la ruina y la desolación.

Los jóvenes saben la medida exacta de este mensaje. Intuyen la solemnidad de la hora y manifiestan en formas variadas su inconformidad con el orden actual. Ofrecen la energía rebosante de su optimismo para la acción creadora. Al mismo tiempo, exigen la orientación precisa, el aliento fecundo, el señalamiento de rutas y objetivos para que su entusiasmo no se pierda ni se despilfarren las fuerzas que aportan a la empresa común.

Un compromiso solidario

La juventud aquí reunida representa dos continentes y se proyecta hacia otros más. Sus circunstancias nacionales y regionales son diversas, pero las vincula un pensamiento, capaz de engendrar una verdadera fraternidad. La idea motora es la Democracia Cristiana: esa idea representa el rescate del hombre frente a la opresión y la barbarie; la colocación de la economía, el poder y la técnica al servicio de la persona humana; la afirmación de la solidaridad universal en la justicia, el robustecimiento de la fe en la libertad. La Democracia Cristiana rechaza la opresión, de pueblo a pueblo, de continente a continente, de grupo a grupo, de individuo a individuo: demanda sean creadas condiciones propicias para superar las diferencias y las rivalidades en una atmósfera de entendimiento; reclama reajustar las relaciones internas e internacionales en forma que millones de hombres, desprovistos hoy de lo esencial para una vida digna, adquieran en la realidad de los hechos el derecho a comer completo, a vivir bajo un techo decente, a fundar familia y sostenerla, educar a los hijos, curar los enfermos, expresar sus ideas, rendir culto a Dios, cambiar de situación, progresar. Sostiene la Justicia Social, no sólo como norma ineludible entre personas, grupos o clases integradas en el seno de determinada sociedad sino también entre naciones ricas y pobres, fuertes y débiles, desarrolladas y sub-desarrolladas.

De aquí que este Congreso envuelva no sólo una esperanza, sino al mismo tiempo un compromiso. Los movimientos juveniles aquí representados reiteran la obligación de luchar juntos por soluciones comunes, capaces de interpretar las idiosincrasias de sus pueblos bajo la inspiración de unos mismos principios. Los jóvenes latinoamericanos renuevan su obligación de defender y respaldar a la Europa cristiana frente a la amenaza totalitaria; los jóvenes europeos reafirman la suya, de defender y respaldar los derechos de los pueblos latinoamericanos, incluyendo los que los asisten frente a los Estados Unidos poderosos y ricos y a la Europa desarrollada y próspera. Unos y otros encuentran que su primer deber es impulsar el movimiento de la Democracia Cristiana; reconocer que ese movimiento debe irradiarse más y más en el mundo y representar una indolegable voluntad de avanzar.

Revolución y cambio de estructuras

Trabajar por un cambio profundo de estructuras es deber que dimana de la esencia demócrata cristiana. Las raíces de su pensamiento se hunden en la inconformidad de las primeras voces que se levantaron para enjuiciar en nombre de las ideas cristianas los abusos de la sociedad capitalista. El cambio de estructuras es un imperativo universal, si bien es comprensible que la velocidad del cambio y su nivel de profundidad dependan de las circunstancias

locales. En América Latina, estamos convencidos de que el cambio tiene que ser rápido y completo: de ahí que hablemos de revolución. Ya nadie incurre hoy en nuestras tierras en el error en que hasta hace poco se incurría con frecuencia, de ubicarnos a los demócratas cristianos en una posición conservadora. Más bien algunos se preguntan cómo diferenciarlos de los revolucionarios marxistas. Quienes notan sabor a comunismo en toda crítica a la sociedad existente, en todo afán de defensa de las clases populares, la única diferencia que dicen encontrar entre nosotros y los comunistas es nuestra supuesta confesionalidad. Es corriente llamarnos "comunistas que van a misa". En las elecciones chilenas del 64 era reiterada la frase, recogida por muchos corresponsales en la prensa mundial, de que Frei llevaría a los ricos al paredón, "pero permitiéndoles que se confesaran primero". Un político conservador colombiano se solaza en definir a los demócratas cristianos como "peces rojos nadando en agua bendita". Pero la Democracia Cristiana dejó hace tiempo cualquier resabio confesional: lo religioso y lo político, aunque relacionados, son hechos sociales diferentes; no queremos mezclarlos. Así lo hemos entendido y practicado, lo cual no impide que frente al materialismo dialéctico levante-mos sin vacilar la espiritualidad cristiana.

La diferencia entre la revolución comunista y la nuestra es completa.

La revolución que proclamamos es una revolución pacífica, constructiva y creadora. No buscamos el odio sino la solidaridad. No queremos poner el hombre al servicio de la imposición: el hombre es para nosotros el sujeto y el término de toda acción política. Estos no son términos vacíos. Corresponden a una diferencia de enfoque básico, tanto en los fundamentos como en los objetivos.

No tenemos complejos

No tenemos complejos frente a los comunistas. Ni vemos por qué hayamos de usar su lenguaje (aunque no nos asuste emplear vocablos suyos que han pasado al lenguaje común), ni nos afanamos en rivalizar con ellos en sus planteamientos. No nos inquieta infantilmente la preocupación de algunos para quienes la medida de su conciencia revolucionaria está en el grado en que son capaces de condescender con los comunistas; y que se sienten "graduados" de revolucionarios cuando logran algún tímido elogio o reconocimiento de las filas marxistas. Nos sentimos mejor definidos cuando recibimos el ataque ineluctable de ambos extremos de la barricada: cuando las derechas nos llaman comunistas mientras los comunistas nos llaman derechistas. Cuando los agitadores de la extrema izquierda pretenden impedir que nuestra voz resuene ante los hombres libres, al mismo tiempo que la policía fascista impide que en un país tan querido para nosotros

como España, hablemos de la Democracia Cristiana a jóvenes que quieren sacudir el yugo de su pueblo y marcarle hitos de esperanza.

Somos distintos. Quizás por tal razón hay todavía quienes de buena fe no nos entienden; pero, sobre todo, quienes de mala fe pretenden deformarnos. El caso de Chile es elocuente, ya que ha sido el de más amplia resonancia. Ni un momento dejaron los marxistas de señalar a nuestros hermanos demócratas cristianos como los personeros de la derecha, mientras los derechistas los presentaban como comunistoides. Pero el pueblo no se equivocó. Supo que hay un abismo entre la Democracia Cristiana y la derecha; supo que hay otro abismo entre la Democracia Cristiana y la izquierda marxista. Ellos quieren un cambio y nosotros también, pero el cambio que ellos quieren subordina los más altos valores a objetivos de poderío político y de opresión total; el cambio que nosotros reclamamos aspira a convertir en realidad social y económica los valores sustantivos de la democracia; la democracia que —en el decir de Maritain— reclama como base espiritual el derecho para construir una comunidad de hombres libres, exige la realización de su sentido moral para sobrevivir, y busca realizar, no la era de las masas, sino de los pueblos y los hombres.

Los comunistas no sólo quieren el cambio de las estructuras, sino el hundimiento de las instituciones. Aquí está,

a mi modo de ver, uno de los aspectos más propios para diferenciarnos: nosotros queremos cambiar las estructuras, pero precisamente para fortalecer las instituciones.

Defendemos las instituciones

El mes pasado, cuando entre el fervor de su pueblo el Presidente Frei inauguró las sesiones del nuevo Parlamento chileno, donde la fuerza demócrata cristiana es mayoría determinante, usó esas dos palabras cuando dijo: "El 4 de setiembre de 1964 y el 7 de marzo de 1965, el pueblo de Chile, en pleno ejercicio de la libertad y con pleno respeto de sus instituciones, transformó de la manera más profunda la estructura del poder político de la nación, iniciando la superación de una crisis en que ha estado sumido por varias generaciones". No creo que haya empleado estos vocablos por azar. Ellos son sumamente expresivos; hasta, me atrevería a decir, definitorios de la revolución propuesta por la Democracia Cristiana.

Propiciamos el cambio de estructuras, defendemos las instituciones. Dentro del pensamiento jurídico y social de este siglo, algunos a quienes bien podemos considerar maestros dieron significado específico al concepto de institución. Ha sido unánime el reconocimiento de lo que la ciencia jurídica contemporánea debe a Hauriou y a su discípulo Renard en el desarrollo de la filosofía de la institución, de las proyecciones de la concepción institu-

cional frente al individualismo y al positivismo. La realidad esencial de la sociedad humana, su composición pluralista, la conjunción de la necesidad social y la idea de justicia en el seno de las instituciones son aportaciones valiosas a la doctrina política de los demócratas cristianos.

Hemos sido y somos defensores de las instituciones. Defendemos la familia, célula básica de la sociedad y queremos renovarla para que la sociedad florezca. Defendemos el Estado tanto más cuanto queremos ponerlo al servicio de la Justicia. Defendemos la propiedad como un derecho de todos y no como un privilegio de unos pocos o atributo exclusivo del Estado; y queremos transformarla y democratizarla para que cumpla su función social. Defendemos la Iglesia Universal, y nos emocionamos cuando para llenar mejor su papel específico, busca valientemente caminos de renovación en el Concilio Ecuménico. Defendemos y respetamos las otras Iglesias, porque vemos en ellas factores de superación y sostenes de la vida moral. Defendemos el municipio, las instituciones sindicales (no como apéndice del poder sino como expresión legítima de la voluntad de los trabajadores), las universidades autónomas, las instituciones culturales, las instituciones funcionales que representen auténticamente los diferentes intereses y los integren para el bien común; creemos en la necesidad de dar vida efectiva a las instituciones internacionales. Para obtenerlo reclamamos que todas las instituciones, expresión dinámica de la

vida social, salgan del anquilosamiento en que se encuentren, modifiquen de plano el aparato que las asfixia, se llenen de un contenido vital cónsono con las angustias de la humanidad de nuestro tiempo.

Queremos cambiar las estructuras y estamos dispuestos a hacerlo, para que las instituciones que defendemos correspondan a las finalidades por las cuales existen.

Los conservadores y conformistas, pretendiendo la defensa de las instituciones, se aferran a estructuras caducas que las llevarían al precipicio. Ni la familia, ni la propiedad, ni el Estado, ni la Iglesia, ni las demás instituciones podrían sobrevivir si no fueran capaces de recibir en sus venas la savia de una sociedad nueva. La actitud democrata cristiana es diferente. No se aferra al pasado. Valo- riza el presente como tránsito al porvenir. Afirma que ya no tiene por qué mantenerse la caparazón de estructuras caducas, pródidas de injusticias tremendas, carentes de eficacia para resolver los problemas que agitan a los pueblos.

Nuestros partidos y el desarrollo

Esta afirmación tiene mayor valor en los países en vías de desarrollo. El desarrollo no es sólo una necesidad social y un imperativo económico: es, primero que todo, una exigencia *ética*. Todo programa ambicioso de desarrollo tropieza con la resistencia de las viejas estructuras: cam-

biar éstas es indispensable para la transformación económica y social que aquél entraña. Si los partidos demócratas cristianos, al decir de Ramlot, deben configurar en sus respectivos países la verdadera imagen del *partido del desarrollo*, tienen que compenetrarse más y más con la tesis del cambio de estructuras.

Y tienen que hacerlo con y por el pueblo. Parece que vientos frescos quisieran renovar en algunos lugares de América Latina, Asia o Africa, los mitos fascistas que en Europa quedaron sepultados hace veinte años entre los escombros de la guerra. La Democracia Cristiana los enfrenta con inquebrantable decisión. Democracia es gobierno del pueblo, del pueblo verdad, del pueblo dignidad humana, del pueblo libertad. Sin el pueblo, toda reforma sería vana. Estaría condenada al fracaso. Los movimientos demócratas cristianos son esencialmente populares, y no es ocioso recordar a los jóvenes dirigentes llamados a conducir el movimiento en un mañana muy cercano, que jamás deben sucumbir a la tentación del aislamiento exclusivista, del bizantinismo doctrinario, sino abrir su corazón al pueblo, confrontar la ideología con la emoción despertada en el tugurio, marchar de brazo con los pobladores humildes para llegar confundidos con ellos al control de un nuevo ordenamiento social.

En reuniones como la que está ahora clausurándose, los jóvenes vienen a aclarar y precisar ideas guadoras; pero,

principalmente, a buscar en su intercambio nuevos motivos para la acción. Los dirigentes más maduros los observamos con preocupada complacencia.

No queremos que nuestros muchachos sean burguesitos encogidos; no queremos que vacilen en hablar un lenguaje directo y revolucionario; pero tampoco queremos revolucionarios de café, apegados a la pose grandilocuente, mas inefectiva; queremos, y nos enorgullecemos de tener, hombres de lucha, capaces del sacrificio diario, conscientes de la vida dura que la realidad les demanda, entregados al contacto estrecho con el pueblo.

El pueblo, es necesario repetirlo, no sólo constituye el objeto de todos nuestros trabajos, sino el sujeto de las decisiones. Para luchar por él hay que conocer íntimamente lo que él piensa, lo que él siente, cómo vive, cómo reacciona ante los estímulos a que se lo somete. Rechazamos toda posición paternalista; combatimos todo totalitarismo, de derecha o de izquierda; estamos convencidos de que nuestro papel, el único cónsono con la filosofía que nos inspira, es el de impulsar una gran promoción popular, capaz de hacer del pueblo verdadero dueño y señor de su destino.

Pretendemos un cambio total. No podemos aceptar que, en cada país, muchos carezcan de todo mientras pocos lo dominen todo; ni que, en el mundo, algunos pueblos naden en la abundancia mientras la mayoría padece la

miseria. No es humano, ni cristiano, que de cada dos hombres, uno padezca indigestión, por exceso, al tiempo que otro sufre avitaminosis, por defecto. No podemos tolerar que los bienes logrados por el hombre sólo alcancen a beneficiar una minoría de hombres. No se trata de envidiar, de odiar ni de ofender a los que tienen; pero, sí, de decir la verdad y de luchar por ella; de lograr una distribución más justa para que la riqueza y el bienestar alcancen a los que hoy nada tienen. Y estamos convencidos de que este fundamental objetivo, o se logrará por la justicia o se intentará por la violencia.

He ahí por qué, al hablar de nuestra juventud, no lo haremos para frenar sus impulsos, sino para alentarlos; no para predicarles resignación sino para estimular su capacidad de lucha. Queremos una juventud combatiente; la necesitamos y, gracias a Dios, la tenemos. Jamás incurriremos en el crimen de castrar su potencialidad para el combate. Nuestro papel será, más bien, encauzar sus energías para que no se malgasten; ayudar a aclarar sus metas para que sus fuerzas no se pierdan; precisar su estrategia para que comprometa acciones que conduzcan al triunfo y no se vaya el tiempo en desplazamientos que aminoren su vigor combativo o favorezcan a los enemigos.

La lucha es dura, pero será más dura cada día. Mientras más fuertes seamos, mayor será la resistencia que oponga la reacción y la arremetida de los grupos marxistas. Mien-

tras más cerca se nos vea de realizar la revolución que proclamamos, más desesperados esfuerzos se combinarán por impedirlo.

Fortalecer nuestra unidad

Para triunfar, necesitamos fortalecer nuestra unidad. *Unidad interna*, en cada uno de nuestros partidos; porque si empleáramos —como otros hacen— en negarnos recíprocamente las energías necesarias para nuestra lucha revolucionaria, ésta alejaría sus perspectivas y el pueblo nos miraría con desconfianza. *Unidad regional*, dentro de cada uno de nuestros continentes: necesaria en Europa, tanto más cuanto aumente el peligro de que el ritmo de la unión europea, impulsada inicialmente por los demócratas cristianos, decaiga por sofocamiento ante nacionalismos redivivos; pero necesaria sobre todo para nuestra América Latina, que apenas empieza a tomar conciencia de su destino integral y ya observa la inmensidad de obstáculos que deberá vencer para su verdadera liberación.

Los demócratas cristianos hemos sido en América Latina la avanzada de la integración. Lo que ocurre en cada una de nuestras patrias nos duele en nuestra propia carne. Así, ante el drama que vive la República Dominicana, nos hemos levantado como un solo hombre. Nuestra palabra ha sido clara. Hemos condenado categóricamente la intervención militar de Norteamérica, precedente gravísi-

mo en las relaciones hemisféricas tras el camino andado en los últimos años. Hemos ofrecido nuestro concurso para buscar la paz en aquel país hermano. Reclamamos que al pueblo dominicano, víctima secular de todos los males vividos por Latinoamérica, se devuelva su soberanía, se le garantice el derecho de escoger sus gobernantes, de poner a andar sus instituciones democráticas y cambiar la caduca estructura heredada del trujillato, a fin de elevar el nivel de vida de sus clases populares y buscar la justicia social. Y al hacerlo, hemos reafirmado inequívocamente la unitaria actitud de todos los partidos integrantes de ODCA; no ha habido voces discrepantes, y quienes pierden su tiempo ansiando rivalidades e imaginando divisiones que no existen, no han existido ni existirán jamás entre nuestros diversos grupos nacionales, han recibido el impacto de nuestra posición, tanto más efectiva cuanto más solidaria, porque estamos conscientes de que si nos dividiéramos o diéramos oído a los que quisieran vernos formar grupos antagónicos, serviríamos a los adversarios y no a la causa común de la revolución en libertad.

La unidad en el seno de cada partido nacional; la unidad regional en el ámbito de cada organización continental, culminan en la *unidad mundial* creciente, no menos urgente e imperiosa. Venimos realizando esfuerzos incesantes para que UMDEC, la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, pase de la fase declarativa a la fase

operativa. No hemos omitido sacrificio para asistir a las reuniones y para que éstas no sean ocasiones turísticas sino jornadas de trabajo. No hemos perdido oportunidad para interesar directamente a los jefes de los partidos demócratas cristianos para que no releguen las actividades umdecistas al plano de una función complementaria, sino les atribuyan la importancia fundamental que les incumbe. El camino no ha sido demasiado fácil, pero se ha andado mucho, y hay signos esperanzadores de adelanto.

Ante los otros pueblos

La unión de los demócratas cristianos europeos y latinoamericanos es una necesidad vital. Sólo mediante ella podremos colocar en órbita a los Estados Unidos. No somos enemigos del pueblo norteamericano; al contrario, sostenemos que es indispensable una amistad sincera; pero dentro de los Estados Unidos, combinaciones de poder económico, militar y político, obstruyen a veces el camino recomenzado en varias ocasiones por iniciativa de intelectuales, líderes en distintos ámbitos comunitarios y dirigentes políticos. El destino de la libertad en el mundo y el aseguramiento de la paz estarán en peligro inminente mientras los Estados Unidos y los demás países poderosos del mundo occidental no auspicien decididamente un cambio en las relaciones entre los pueblos que

actualmente los proveen de productos primarios y compran sus artículos manufacturados, y, dentro de cada pueblo, entre las clases favorecidas y las mayorías populares; mientras no interpreten los anhelos de las naciones subdesarrolladas y se nieguen a servir de refuerzo a mantenedores de privilegios irritantes; mientras no se dispongan a colocarse al servicio de la justicia social, nacional e internacional, para lo cual tendrán que abandonar muchas posiciones esclerosadas. Para esto es necesario que la Europa cristiana y América Latina coincidan en sus planteamientos: que así como la América Latina ha sido siempre receptiva a las demandas formuladas por Europa en nombre de la civilización cristiana, así también sea Europa receptiva a las demandas de Latinoamérica, hechas en nombre de la justicia y de la dignidad humana. Lo cual exige que nuestras reuniones abran canales siempre más hondos de fraternidad entre los jóvenes de ambos continentes, por encima de lo anecdótico de circunstanciales diferencias, buscando generosamente la identidad esencial que nos vincula, más apremiantes por llamarnos cristianos: "En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado".

Esa unidad, muchachos, la tienen ustedes que entender y practicar más auténticamente cada día. Los primeros contactos siempre hacen observar lo anecdótico de las diferencias; ya esa etapa cumplida, se encuentran las raíces

de la unidad en medio de la variedad. Unidad ecuménica. Aquí están entre ustedes, presencia viva que es admonición para nuestra conciencia y alimento para nuestra esperanza, algunos muchachos del Africa. Tierra fecunda, donde el hombre se levanta hoy, a la vez para reclamar y cumplir. Su acreencia es muy larga, frente a la humanidad entera. Pero lo mejor de su ser es que no se levanta simplemente a cobrar, sino a reivindicar otro derecho: el africano exige que se le reconozca el derecho de contribuir con los hombres de las demás regiones en la edificación de una sociedad nueva.

La Democracia Cristiana no puede confinarse a las áreas de NEI y de ODCA, porque renunciaría a su destino. Tenemos el deber de alentar a quienes, en las nuevas generaciones del Africa y de Asia, agitan su inquietud movidos por ideales afines. Tenemos que recordar, además, que más allá del Muro, en la vasta zona del mundo donde está enclavada esta ciudad de Berlín como un bastión del hombre (y precisamente debemos recordarlo en este nuevo aniversario de una dura jornada de lucha por la libertad) hay multitudes que se entusiasmarían por la Democracia Cristiana si un régimen policial no impidiera coactivamente la propagación de nuestros ideales. Esas multitudes populares, fatigadas de un régimen totalitario, dejarán de ser comunistas, y su camino no podrá ser la vuelta al capitalismo decrepito, sino la búsqueda de la libertad en la justicia, al calor de una idea

nueva, la idea demócrata cristiana. Hay que preparar núcleos juveniles que sean aptos mañana para dirigir su marcha. De allá hacia acá se lanzan hace tiempo emisarios que sirven sus planes de conquista; es tiempo que de acá hacia allá penetren corrientes del espíritu que lleven planes de liberación. Y recordemos que ese Muro, vergüenza para la humanidad del siglo XX, erigido como un monumento al terror en el corazón de esta gran capital, no fue levantado para impedir que hombres libres renuncien a seguirlo siendo, sino para impedir a quienes no pueden soportar la esclavitud el salto a la libertad.

Jóvenes Demócratas Cristianos del mundo:

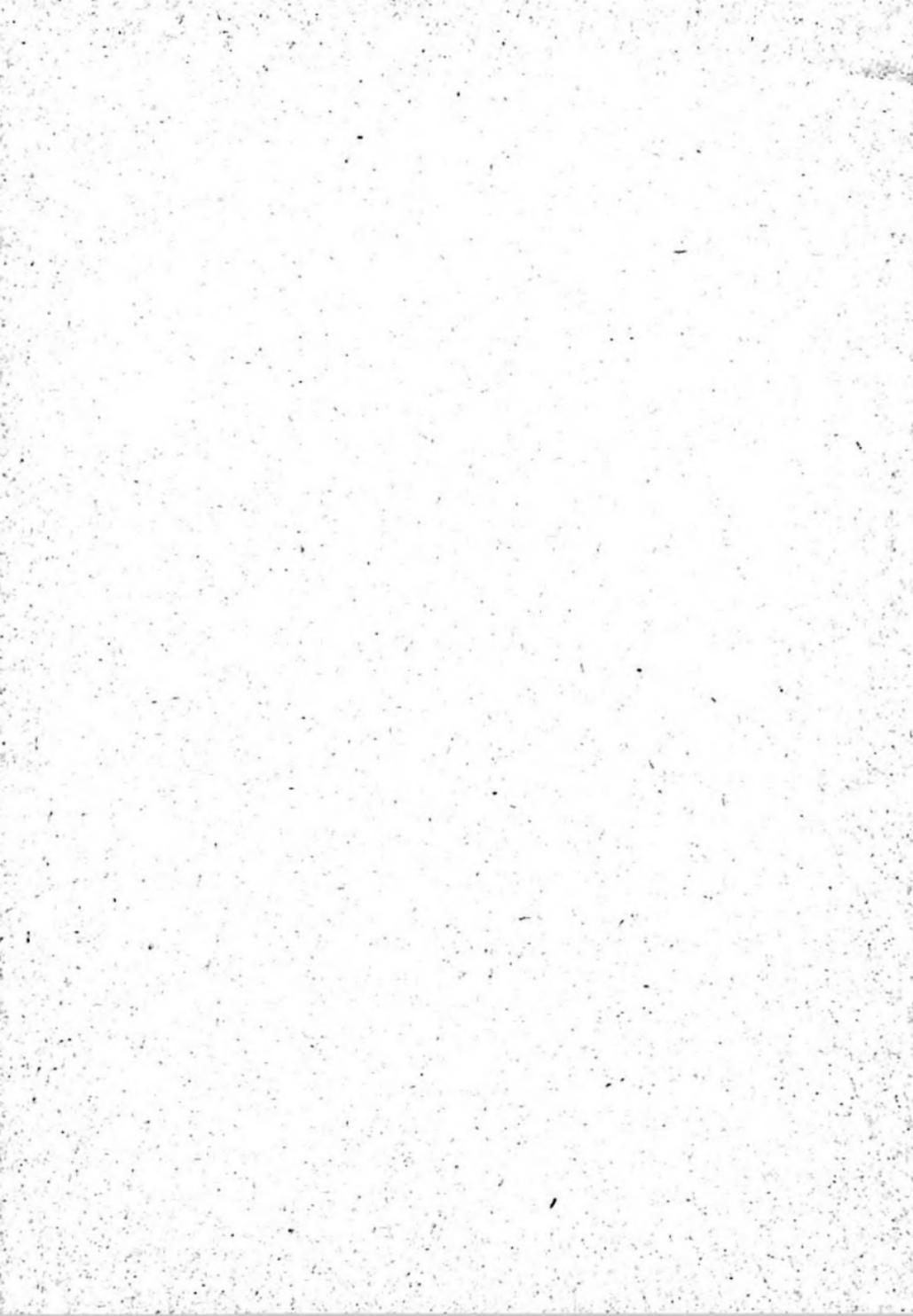
Don de la Providencia ha sido ponernos a vivir en la etapa dramática de la que va a nacer para la humanidad un tiempo radicalmente nuevo. Estamos rodeados de enemigos; no tenemos opción para escogerlos: están sobre el campo, usan sus armas y no nos queda más que combatir. Tenemos que pelear en muchos frentes. La calumnia y la injuria vienen de todos lados, entre los innumerables medios usados con deseo de abatirnos. Las fuerzas retrógradas nos temen más que a los marxistas, porque somos más resistentes al soborno, porque somos más sinceros con nuestro programa y porque se está viendo que nuestras ideas tienen una acogida más amplia y sin reservas en el corazón de los humildes. Hoy se reorganizan sutilmente; quieren fabricar, mediante el

uso de la propaganda y el control de los medios de comunicación de masas, una falsa imagen de democracia, como han creado una falsa imagen de prosperidad. Nosotros sabemos que democracia no es mero conteo de votos o posibilidad de decir lo que conviene a poderosos intereses. También sabemos que no hay prosperidad cuando el pueblo es esclavo del hambre, la enfermedad y la ignorancia.

No renunciaremos a la democracia, porque sería como renunciar a nosotros mismos. La pelea es desigual, pero nada podrá impedir que la ganemos.

Ha sonado la hora. La hora de los pueblos. La hora del hombre. La hora de la Democracia Cristiana. Apenas pocos años atrás, se reían de nosotros: nos consideraban ilusos, o si acaso, bienintencionados ideólogos, incapaces de realizar su idea. Hoy quisieran muchos vestir la etiqueta demócrata cristiana, para dar nuevo timbre a sus voces gastadas, o para disfrazar con hermosa doctrina sus apetencias personales. No los dejaremos. Los pueblos saben quiénes somos y nos reconocen al actuar. La Revolución en Libertad se ha iniciado. Pero serán los jóvenes de hoy los que podrán completarla y afianzarla. Para ello tienen que conservar pura la ideología, clara la mente, limpio el corazón de concupiscencias, firme el pulso y asentado el pie sobre la tierra.

No es misión para débiles. No es tarea de mezquinos. Se requieren dosis inmensas de fortaleza y generosidad. Tenemos fe en que tú, Juventud Demócrata Cristiana del Mundo, estarás a la altura de esa inmensa responsabilidad.



ESTE FOLLETO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL 10 DE AGOSTO
DEL AÑO MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y CINCO, EN LAS
PRENSAS VENEZOLANAS DE
EDITORIAL ARTE, EN LA
CIUDAD DE CARACAS

